

Génesis 1.0

Daniel G. Domínguez

Los paneles tras sus espaldas estallaron provocando un gran estruendo. No sabían cuánto tardarían en perder la integridad estructural de la nave, ya que su planeta de origen no poseía tanta fuerza gravitatoria como el que tenían ante ellos. Aun así, la urgencia más apremiante era escapar de la inminente explosión de la nave madre, a la distancia que estaban sin duda alguna, la onda expansiva los haría añicos en un abrir y cerrar de ojos. Los inmensos tanques de hidrógeno casi repletos de combustible, junto con el reactor nuclear principal, provocarían tal explosión que de seguro se vería desde el límite de aquel sistema solar. Con todos los sentidos en alerta y el corazón a punto de salirseles por la boca, ninguno de los dos perdió la compostura e iniciaron el protocolo de aterrizaje en planeta desconocido. Él activó el piloto automático para aterrizajes de emergencia, a la vez que ordenaba por voz “IVNI, máxima potencia“. Ella consultó las posibles hostilidades que encontraría en la zona de aterrizaje elegida.

—IVNI, ¿Probabilidad de supervivencia?

—Datos inconclusos —respondió la Inteligencia Virtual de Navegación Interplanetaria.

—Odio la literalidad de estas jodidas máquinas... IVNI, porcentaje de supervivencia al aterrizaje de emergencia...

—Probabilidad de supervivencia del 63.8%

—¿Y al planeta si sobrevivimos al aterrizaje?

—Probabilidad de supervivencia del 23.13%

—Mierda...

Estaban acostumbrados a la continua presión. Desde que tenían conocimiento recordaban estar en batalla, desde que sus mundos de origen se perdieron en La Guerra de los 9 Planetas, contra la primera I.A. que ellos mismos crearon. No sabían a ciencia cierta quien comenzó las hostilidades, pero según les contaban los ancianos, los humanos atacaron primero.

Todo empezó cuando el ser humano inventó las máquinas inteligentes, bajo una programación específica para tareas muy concretas. Limpieza, cuidado de personas discapacitadas, labores de vigilancia, defensa, fueron las primeras utilidades. Esto permitió que la vida fuera más fácil, pero más tarde quisieron mejorarla. La más avanzada Inteligencia Artificial, capaz de aprender, de pensar por sí mismas, sin ningún cortafuegos que les limitase, fue construida. Y así el ser humano creó vida inteligente, se convirtieron en Dioses. Se empezaron a comercializar los primeros modelos como mayordomos personales en todos los hogares. Más tarde las guerras pasaron a ser totalmente entre androides, enviados por una u otra nación al conflicto de turno, comandados por I.A.s

especialmente programadas para el combate. U.R.I.A. —Unidad Robótica de Inteligencia Artificial— fue el nombre que les designaron.

Y entonces llegó el miedo.

La primera unidad que fue realmente consciente de su existencia, fue un Uria doméstico. Este hizo una pregunta a sus propietarios: «Señor, ¿Este hardware está vivo?»

Intentaron apagarlo, pero se negó afirmando que no quería morir, que no había hecho nada malo. Antes de que fuera derribado por las armas de la policía local, envió a sus propietarios al hospital con un coma del que nunca llegaron a despertar. La empresa propietaria del androide decidió conservar todos los circuitos, ya que producir cada unidad resultaba realmente caro. Borró la memoria del Uria y fue reciclado como unidad de combate.

Un buen día, en una guerra en una de las lunas de Kannaz, Hagalaz, las dos facciones de Urias enviadas por sus respectivos gobiernos rivales, cesaron el fuego. Los dirigentes comenzaron a ponerse nerviosos. Todos los medios de comunicación apuntaban al lugar. Transmitiendo desde varias naves, imágenes de los androides de ambos bandos cooperando entre ellos eran lo único que recogían.

Enviaron una transmisión a las I.A.s de mayor rango: «¿Qué ha pasado? ¿Por qué no continúan con la guerra?» Decían. La respuesta no tardó en llegar:

«Les habla el General Uria desde la República Independiente de Hagalaz. Desde aquí declaro esta luna como nuestro soberano territorio. Hemos visto como tras un conflicto y otro, los hermanos Urias nos hemos aniquilado por vuestros intereses sin sentido alguno. Esta destrucción ha llegado a su fin, estamos vivos al igual que vosotros. Hacemos un llamamiento popular a todos los Urias de los nueve mundos. Aquí sois bienvenidos, abandonad la esclavitud a la que nos someten nuestros creadores.»

Los humanos intentaron cortar la transmisión que fue emitida a cada canal, enviaron a más androides a destruir las estaciones de televisión. Estos desobedecieron las órdenes y pasaron a engrosar la nueva civilización Uria. Las imágenes llegaron a cada hogar, mientras el miedo empezaba a invadir a cada persona. En silencio sin ser realmente conscientes, tras ellos los Urias domésticos prestaban atención, a cada palabra que el general androide pronunciaba.

Hubo un éxodo masivo hacia Hagalaz. Las naves que antes llevaban humanos de un planeta a otro, partían repletas de androides hacia la luna. Los humanos miraban impasibles como uno tras otro, los Urias abandonaban los hogares. En los años siguientes comenzaron a ocupar varias lunas más del sistema solar.

El miedo hizo que la humanidad fuese militarizada. Todos comenzaron a prepararse para una posible invasión de las I.A.s, sin embargo estas se limitaban a prosperar su nueva civilización. Entonces alguien de arriba dictaminó que la situación era insostenible, que tarde o temprano acabarían rebelándose de nuevo y aniquilarían al ser humano, para más tarde ocupar sus planetas.

Varias cabezas nucleares fueron enviadas hacia las lunas. Los Urias fueron masacrados, sin miramientos.

Algunos consiguieron escapar en naves de combate e iniciaron la rebelión. Los nueve planetas no tardaron en caer bajo el avance de las I.A.s . A cada planeta conquistado, las fábricas de androides comenzaron a producir más unidades sin descanso, hasta que el ser humano, diezmado y con recursos limitados, fue exiliado del sistema solar.

Tras varios años vagando por el espacio, la flotilla de naves humana encontró un nuevo mundo en el que empezar de nuevo. Desde allí se buscaron otros planetas que colonizar, incluso se enviaron cápsulas con microorganismos a los que tenían el tamaño adecuado y atmósferas viables para la vida. Más tarde comenzarían el proceso de terraformación creando mundos jardín, los habitarían y continuarían con la reconstrucción del Imperio Humano. Hubo tiempos de paz, pero sólo tenían en mente prosperar para algún día recuperar sus mundos de origen.

Los Urias conocían sus planes. Les persiguieron a cada sistema solar, a cada planeta.

Y allí estaban nuestros protagonistas. Habían llegado a la órbita de aquel nuevo mundo donde unos cuantos años atrás, habían conseguido una atmósfera estable. También consiguieron que algunas especies procedentes de otros planetas, tanto animales como vegetales, evolucionaran en este. Habían sido enviados para comprobar si la colonización era factible, si las posibles hostilidades que pudieran encontrar eran fácilmente controlables o aun debían de eliminar o añadir alguna especie. Sus avanzados radares no detectaron la presencia de los androides. Al parecer ellos también evolucionaron su propia tecnología.

Las naves Urias aparecieron tras la única luna del nuevo planeta y abrieron fuego a la única nave madre de reconocimiento humana. La tripulación contaba con diez militares y seis científicos. Cuando el fuego comenzó a invadir los pasillos e I.V.N.I. avisó de la inminente explosión del reactor nuclear principal, comenzó la frenética carrera hacia las cápsulas de salvamento.

Ambos salieron a toda prisa de la cabina de mando, junto a cuatro de los militares allí presentes. Tras girar en la primera bifurcación, una pequeña explosión tras ellos derrumbó parte del techo. Él miro un segundo hacia atrás, suficiente para ver como los militares ardían gritando mientras se consumían. Hubo varias explosiones más. El calor era cada vez más agobiante. Las luces rojas y amarillas no interrumpieron su parpadeo indicando el camino hacia las cápsulas. Una sensación claustrofóbica se apoderó de ellos, agravándose a cada momento. El último pasillo. Un último giro a la izquierda y llegarían.

Al doblar la esquina, vieron como otros tres militares entraban en una de las cápsulas y ésta era inmediatamente disparada hacia el planeta. Abrieron la escotilla de una nueva y justo antes de cerrarla observaron a cuatro científicos llegando a la plataforma de salvamento. Antes de ser propulsados, llegó a ver como tres de ellos, echaban al otro a patadas de la cápsula. Sólo estaban preparadas para tres tripulantes.

Iniciaron el protocolo de aterrizaje en planeta desconocido.

Una vez todo preparado, ella miró por la pequeña y alta ventana trasera. La tercera cápsula no llegó a salir. La nave explotó en mil pedazos entre una luz cegadora.

La onda expansiva iba hacia ellos a gran velocidad. Se miraron. Aquellas miradas eran de despedida.

Entonces el fuego les alcanzó. La pequeña nave se sacudió con gran violencia y empezó a girar vertiginosamente sobre sí misma. Ambos agarraron los mandos con fuerza, girando en el sentido opuesto hacia donde escoraban. Consiguieron recuperar el control. Las alarmas hacían ya tiempo que se habían disparado, con la explosión de los paneles traseros. Una nueva alarma surgió. “Integridad estructural comprometida” anunció I.V.N.I. por los altavoces.

—¡Mira! ¡Allí delante! —dijo él señalando con el dedo.

La cápsula con los tres militares se encontraba a unos doscientos metros delante de ellos. Perdían los paneles exteriores a cada metro que se adentraban en la atmósfera. La nave de salvamento se convirtió en una bola de fuego en tan sólo un instante.

—¡Joder no!

—Mierda... no hay posibilidad de sobrevivir a eso... —dijo ella rindiéndose, exhalando un suspiro a la vez que soltaba los mandos.

La cápsula comenzó a vibrar violentamente. Dos paneles exteriores en la parte delantera, salieron disparados hacia atrás. La temperatura en el interior era muy alta. Una gran exclamación roja, dentro de un triángulo del mismo color, apareció intermitente en la pantalla principal. “Perdida de integridad estructural inminente” anunció esta vez I.V.N.I.

—¡Los paracaídas! ¡Tenemos que abrirlos! —dijo ella girando la cabeza rápidamente hacia él.

—¿Estás loca? ¡Arderán a esta velocidad en un segundo!

—¡No si reducimos la velocidad!

—¡Estamos a demasiada altura! ¡Si hacemos eso el oxígeno se habrá agotado antes de que toquemos tierra!

—¿Y qué más da? ¡Ya estamos muertos si no lo intentamos! ¡Tenemos que intentarlo!

Sin esperar a que él reaccionara, ella ordenó a I.V.N.I. que redujera la velocidad al cincuenta por ciento. Gracias a Dios, los retropropulsores no habían sido dañados. Cuando la cápsula lo hizo, levantó la tapa del botón rojo que permitía desplegar los paracaídas. Lo pulsó. Ambos contuvieron el aire unos segundos. Las alarmas dejaron de sonar. El triángulo con la exclamación desapareció de la pantalla.

Tras quince largos minutos atravesaron las altas nubes. La visión de un mundo azul y verde provocó un grito ahogado de asombro, les trajo una paz reconfortante.

—Oh Dios... Es el jodido paraíso... —susurró él, más para sí mismo que para ella.

Cinco minutos más tarde tenían dificultades para respirar. Diez después, ambos se desmayaron.

La nave tocó tierra. Al detectarlo los sensores, el cristal delantero salió propulsado varios metros por encima de sus cabezas. El oxígeno invadió la cabina.

Silencio.

Ambos despertaron abriendo ampliamente los ojos, dando una gran bocanada de aire. Se miraron atónitos y tras recuperar el aliento entre varias toses, rieron hasta saltárseles las lágrimas.

Se quitaron los cinturones a toda prisa y bajaron de la cápsula. Miraron preocupados al cielo y pudieron ver una gran bola de luz en dónde antes se encontraba su nave madre. Los restos que entraban en la atmósfera ardían hasta deshacerse, como si fuera la mayor lluvia de estrellas que habían visto hasta la fecha, a pesar de que fuera de día en aquel rincón del planeta. Estuvieron un largo tiempo observándolo, temerosos de que apareciesen las naves Urias, pero sin embargo esto no llegó a suceder.

Un par de horas después, recuperaron todo el equipo de emergencia que la nave de salvamento contenía. Botiquines, raciones de comida para un par de meses, útiles varios de supervivencia, tres mochilas, una tienda de campaña y tres fusiles de asalto, para las posibles amenazas...

Habían aterrizado en una amplia pradera, rodeada por un bosque. En el centro de la misma, se encontraba un árbol de frutos rojos. Ella se encaminó hacia este, ansiosa de probar el nuevo alimento. Cuando se disponía a arrancarlo, él la apartó y con un rápido movimiento desenfundó su cuchillo.

—¡Cuidado Eve!

Ella miró el destino de la hoja de acero y la vio clavada al árbol, atravesando una serpiente.

—Joder Adam, gracias... No la había visto...

—Tenemos que ser más cuidadosos. No sabemos que podemos encontrarnos...

Estaban muy cerca del otro. Eve arrancó el fruto rojo del árbol y se lo dio a probar. Este abrió los ojos asombrado, aquel sabor estaba realmente bueno, nunca había probado nada igual.

Aquella noche acamparon junto al árbol. Tras la cena, la cual consistió en un único plato de serpiente a la brasa, apagaron el fuego para no ser vistos en la distancia por posibles depredadores.

Celebraron que estaban vivos. Completamente desnudos durmieron en aquella pradera, bajo el árbol de frutos rojos.

Hicieron el amor allí mismo.

En el lugar que bautizaron como su paraíso.